

Jeromin

10 cts

AÑO VI.—NUM. 307

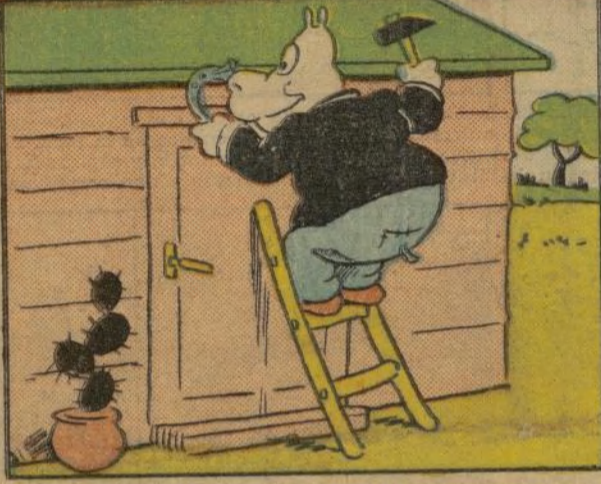
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466
REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

28 de marzo de 1935

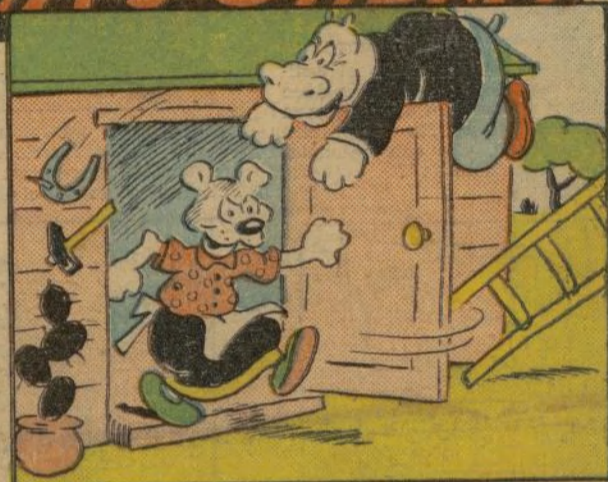
LA HERRADURA DE LA 'BUENA' SOMBRA



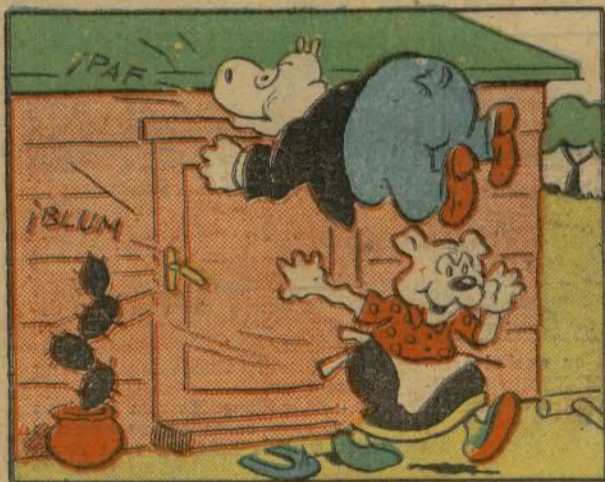
—CARAMBA! UNA HERRADURA... PUES DICEN QUE TRAE LA BUENA SUERTE. YO, POR SI LAS MOSCAS, ME LA LLEVO A CASA...



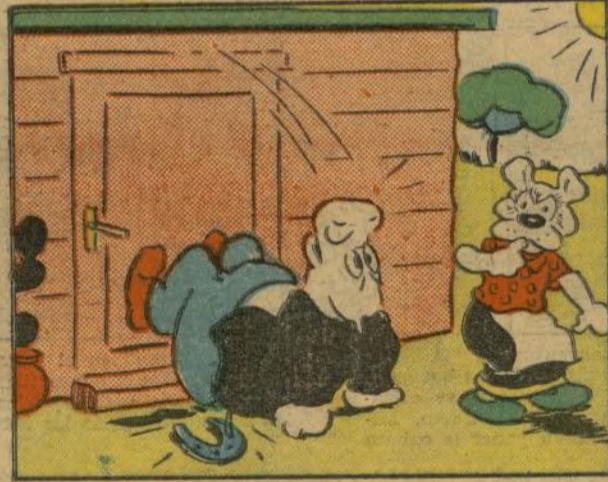
—SI HA DE ENTRAR LA BUENA SUERTE EN MI CASA, LO NATURAL ES QUE ENTRE POR LA PUERTA; ASÍ ES QUE LA COLOCARÉ AQUÍ.



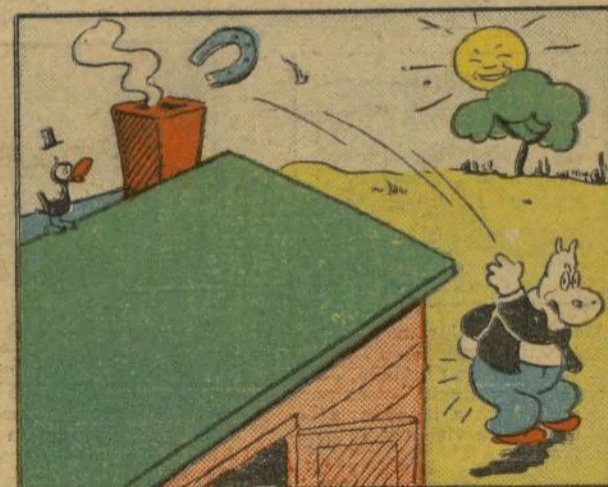
—¡HIPO! ¡HIPO! ANDA A COMER, QUERIDO, QUE HOY HE PUESTO CANGREJOS Y SOPA DE ARRÓZ, Y SE PASA.



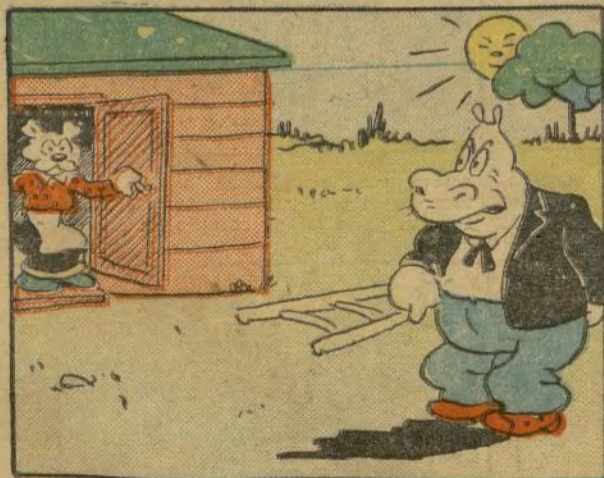
—¡HIPO, HIPO!... ¿PERO DÓNDE SE HA-BRA METIDO ESTE CONDENADO? SI TARDA MUCHO SE QUEDA SIN COMER.



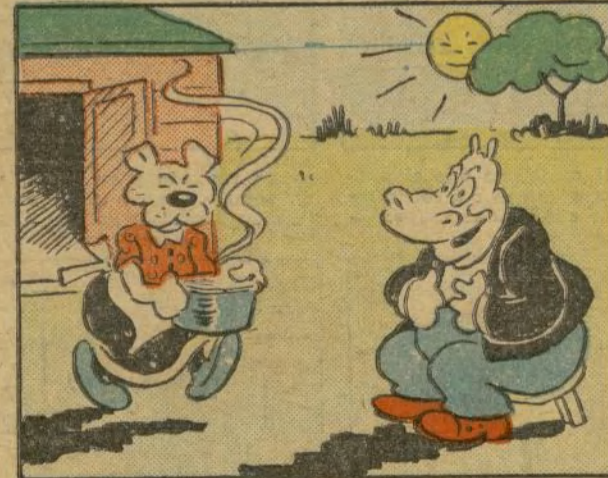
—¡AAAAAY!
—PERO HIPO DE MI ALMA! ¿DE DÓNDE HAS CAIDO? ¿ESTABAS COGIENDO NIDOS?...



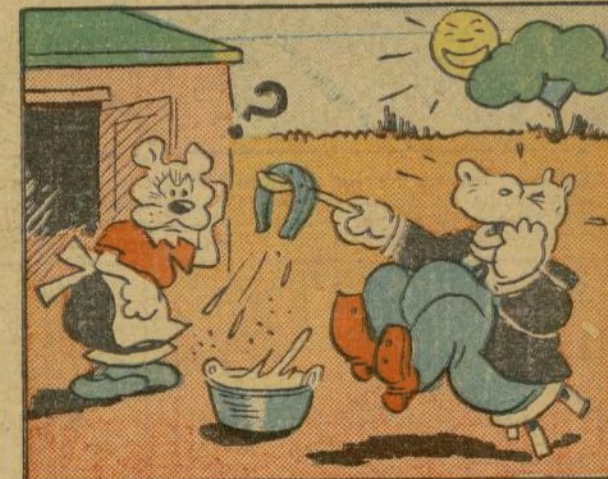
—¡MALDITA SEA MI SUERTE PERRA! ¡YA NO, VUELVO A COGER UNA HERRADURA ASÍ SEA DE ORO! ¡¡A LA PORRA!!...



—¡LEONA! ¡VENGA LA COMIDA, QUE HOY QUIERO COMER AQUÍ AL SOL—AHORA MISMITO VOY, HIPO.



—¡HÚMMM QUÉ OLORCILLO TAN RICO! ¡VENGA, VENGA, QUE CON EL HAMBRE TAN GRANDE QUE TENGO ME VOY A HINCHAR!...



—¡AY MI ABUELITA LA POBRE, OTRA VEZ LA HERRADURA! ¡LEONA, AVISA AL MANI-COMIO, QUE EMPIEZO A ENLOQUECER!

AMENIDADES



Este soberbio castillo es una de las mejores obras de Miguel Angel; de Miguel Angel Puech, un precioso pimpollo de diez añitos.



Así ve a don Severo el amiguito Luis Castellanos, de doce años y de Carrión de Calatrava (Ciudad Real). No te parece, amigo Luis, que son demasiadas... "asentaderas"?



Tarugo y Perdigón han caído con la gripe. El pollo Antonio Amarilla, de Villaverde, ha ido a visitarlos, y de paso les ha hecho este retrato en la cama.



Después de los molinos de viento que immortalizó Cervantes, éste que ha dibujado César Alvarez, de Vitoria, a sus once añitos, pasará a la historia como modelo de visión y de perspectiva.

MIKITO QUISO FUMAR EN PIPA



Infausta fué para Mikito la hora en que se le ocurrió hacer el grande y fumar en pipa. Después de rebañarse todos los bolsillos, no encontró en ellos ni una brizna de tabaco con

que atascar la cachimba, y comenzó a devanarse los sesos para hallar alguna otra sustancia sustitutiva. Un macho cabrio que por allí pacía le inspiró la gran idea: se fumaría sus



barbas, que parecían imitar un buen tabaco inglés en hebra. Se fué para el animalito, le enseñó las estrellitas, y, cuando lo tuvo quietecito mirando al cielo, de un hábil tijeretazo

le cercenó el apéndice piloso, que fué a caer en el cuenco de la pipa. Pegó fuego a la extraña sustancia, y aspirando el humo con fruición, se asomó a una cortadura próxima desde don-



de se podía presenciar comodísimamente un gran "match" de boxeo. Pero el chivo algo extraño notó en su belfo, y fué a contemplarse en el espejo de un charco cercano. Y qué desesperación le cogió cuando se vió desposeído de

aquella perilla que era su orgullo. En seguida sospechó quién era el autor de aquella tratada, y, volviendo la cabeza, lo divisó cercano fumándose, tan campante, su preciosa barba. Toma carrera y, de un formidable topetazo,



lanza por los aires al desventurado "Mikito", que vino a caer entre los puños de los boxeadores, que, en aquel preciso momento, se atizaban mutuamente un formidable directo. Mikito cayó "k. o." y rodó hasta poner la cabeza

sobre el "gong" en el instante en que el árbitro le sacudía un martillazo. Y Mikito maldijo para siempre de las pipas, de los chivos, de los boxeadores y de los árbitros.

PASATIEMPOS

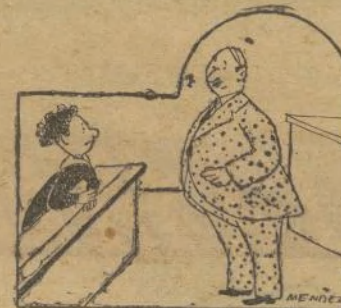


—Otra vez llega usted tarde, Pérez?

—Mire usted; es que he tenido que hacer un recado y no sabía la hora que era.

—¿Y dónde ha estado usted?

—En una relojería.



Nombre abstracto es el de aquellas cosas que no se pueden tocar. Ponme un ejemplo, Juanito.

—Un hierro ardiendo.



—¿Podría hablar con el preso Ponciano Ventanilla?

—Salió ayer de la condena; pero venga usted la semana que viene.



—¿Cuántos años tenéis, nenes?

—Tres.

—¿Tres? Pues estáis muy creciditos.

—Sí, señora. Es que tenemos seis, pero como somos gemelos nos toca la mitad a cada uno.

EL PERRITO VAGABUNDO

"Pelanas" era un perrito callejero que vivía a fuerza de derroches de ingenio. Cierta día, al pasar por delante de la



Comisaría, oyó al comisario que airadamente daba órdenes de cazar a todos los perros vagabundos e indocumentados. Vi-



ró en redondo y se disponía a ponerse en seguro cuando vió que el guardia "Malaspugas" le había guipado. Echó a



correr, y el guardia se le vino encima tocando el pito y alborotando el barrio. Por fin pudo hallar refugio en un gara-



je. El guardia, despistado, se quedó rondando por aquellos contornos, y, efectivamente, poco después sorprendió a "Pe-



lanas", que asomaba el morro por la puerta, como oteando cautamente si había peligro. "Malaspugas" intimó a "Pe-



lanas" que saliera y se entregara, pero el perrito, al salir obediente, enseñó al guardia la matrícula que garantizaba su



"personalidad". La matrícula era reglamentaria. Y ¿qué guardia se atrevería a desdefiarla?



Resumen de lo publicado.—Tomás, un huérfano empleado en la "Posada del Búho Blanco" y Anita, sobrina del posadero, ayudan a esconderse a Sir Jorge Waverly, a quien su hermano Sir Roger persigue para quitarle su fortuna. Una mañana ven a Sir Roger que entra en una galería secreta donde ellos han escondido a Sir Jorge.



Gran admiración causó a Tomás ver que Sir Roger entraba en el pasadizo secreto, que a su juicio sólo conocían él, Anita y Sir Jorge. "¡Ven despacito!, le dijo Anita. Vamos a seguirle y saber adónde va".



El joven huérfano y su compañera atravesaron la puerta secreta que se abría en el interior de la alacena del vestíbulo, y siguieron cautelosamente al caballero, guiados por la linterna que aquél llevaba en la mano.



De repente la luz desapareció en un recodo. "¡Corramos! ¡No tenemos que perderle de vista!", dijo Tomás cogiendo de la mano a Anita. Pero cuando llegaron a doblar la esquina, el caballero había desaparecido. Anita señaló la línea luminosa de una puerta entreabierta.



"¡Vamos a entrar, Tomás!", murmuró Anita con voz temblorosa de emoción. Tomás asintió con la cabeza, empujó la puerta, y ambos escudriñaron lo que detrás había. Una exclamación se escapó de sus labios: "¡Sir Jorge Waverly!"



Aunque el parecido entre ambos hermanos era extraordinario, Tomás no dudó de que era Sir Jorge el que yacía ligado sobre el suelo. Rápidamente empuñó un grueso bastón y avanzó hasta Sir Roger, que se había inclinado hacia su hermano.



Anita no pudo contener una exclamación al ver la maniobra de Tomás. Este había levantado su bastón y lo había descargado sobre la cabeza de Sir Roger, quien cayó al suelo como herido por un rayo. "¡Animo, Sir Jorge!, exclamó. Soy yo, Tomás".



Sin preocuparse del caballero a quien acababa de herir, Tomás se dirigió prontamente hacia el prisionero, y se puso a librarlo de las ligaduras que lo inmovilizaban. "Tenemos que darnos prisa, Sir Jorge, decía entretanto. Porque Sir Roger no tardará en volver en sí".



Por fin se vió libre de sus ataduras el caballero, sin que hasta entonces hubiese pronunciado una sola palabra, fuese por sorpresa o por gratitud. Poniéndose entonces de pie, miró a los muchachos con una sonrisa irónica. "¡Imbéciles!", les dijo despectivamente. Tomás y Anita se miraron sorprendidos.



"¡Yo soy Sir Roger! ¡Ese a quien habéis herido es mi hermano! ¡Muchas gracias por el favor! ¡Ja ja, ja! ¡Y que lo paséis bien! ¡Nadie vendrá a molestaros aquí!", y diciendo esto se dirigió a la puerta apoderándose de la llave, disponiéndose a marcharse y dejarlos encerrados. (Continuará)

CONCLUSIÓN LOS DOS BARQUITOS



El barquito trabó conversación con la florecilla, y bien pronto se hicieron grandes amigos. Charlaban sin cesar contándose su historia, cuando de repente

vieron pasar una sombra y fijarse sobre ellos dos ojos vivarachos que contemplaban al barco con no poca admiración. Aquellos dos ojos eran los de un

joven estudiante, que, con el cartapacio y un paquete de libros a la espalda, salía de la escuela y se dirigía a su casa. "¡Qué barco tan bonito!"—exclamó sencillamente admirado. Y se apoderó del barquichuelo, reparando entonces en la flor tan linda y perfumada: "Voy a cogerla también; Elisa se alegrará mucho de que le lleve las dos cosas."

Algo sorprendidos los dos amigos de este nuevo viaje, pero muy contentos de no verse separados, llegaron así a una humilde casita. El muchachillo se detuvo, empujó la puerta de la casa y entró en un cuarto pobremente amueblado, gritando alegremente al tiempo de entrar: "Elisa, Elisa, mira lo que te traigo". En un sillón cercano a la ventana reposaba una niña enferma, que extendió las manos hacia el recién llegado: "¿Qué flor y qué barquito tan bonitos! ¿De veras que los traes para mí?" "Sí, Elisa; tuyos son"—repuso el niño besando tiernamente a su hermana enferma.

A un niño pobre que no ha tenido jamás juguetes, de esos magníficos juguetes que con tanta facilidad destruyen algunos niños, un barquito de papel dorado tenía que parecerle una maravilla. La enfermita tomó en sus manos demacradas el barquito y lo examinó con delicia; luego acarició la florecilla, cuyo aroma y

color no le causaron menos placer: "¿Qué contenta estoy; qué contenta estoy con estas cosas tan preciosas que me has traído." Y en seguida, con el instinto natural que tienen todos los que padecen y que no quieren hacer padecer a los demás, trasplantó la flor a un tiesto lleno de tierra húmeda, donde las raíces de la flor no tardaron en arraigar y la planta extendió sus hojas como en señal de agradecimiento, perfumando dulcemente la habitación.

La joven enferma tampoco los separó. Colocó a una y otro en una mesita junto a ella, y en las horas de soledad se distraía contemplándolos con cariño. Algunas veces hacía bogar el barquito en un cubo de agua; otras, cuando brillaba el sol, abría la ventana, y la flor, puesta en su tiesto, respiraba el aire puro y se rejuvenecía. Y desde que entraron flor y barquito en la casa, entraron la alegría y el restablecimiento para la enfermita.

La niña enferma curó; pero no por eso dejó de cuidar a su florecilla y de acariciar al barquito que dejó colocado en la repisa de la chimenea; y todos los meses le pintaba sus banderines y gallardetes y le hacía navegar un ratito en un estanque pequeño del jardín. Y allá colocaba a la humilde florecilla, y los antiguos amigos charlaban alegres y satisfechos de su vida.

¿Cuál fué el fin que tuvieron? Eso

nunca se ha sabido; pero se presume que su vida sería feliz; porque no puede tener mal fin aquél que ha conocido y saboreado en la vida la dicha de ser amado, y de haber hecho por su parte algún bien y prestado algún servicio.

FIN



CASCARILLA ES UNA ARDILLA



Al pobre Cascarilla le mandaron que con un gran martillo clavase en tierra una barra que un compañero



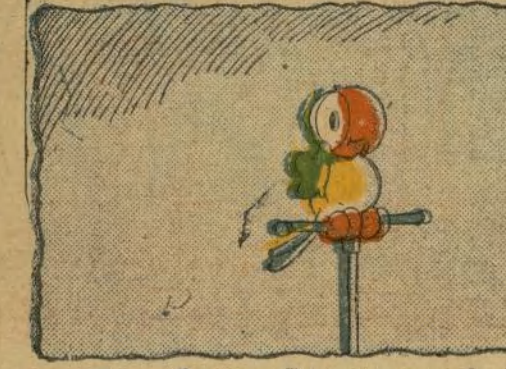
sujetaba. Tanta carrera tomó con el martillo, que dió con él en la cabeza del capataz, que a sus espaldas me-



rendaba. Luego descargó un golpe tremebundo; pero como el compañero había huido de la quema, en vez de



golpear la barra, golpeó por debajo el asiento del capataz; y éste, viéndose sin merienda, decidió romper la sartén en las costillas de Cascarilla.



Como Laura sabía que cuando don Fielato roncaba había que estar calladita, cerró la pobre el pico, pues ya estaba escarmentada.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE TARUGO Y PERDIGÓN



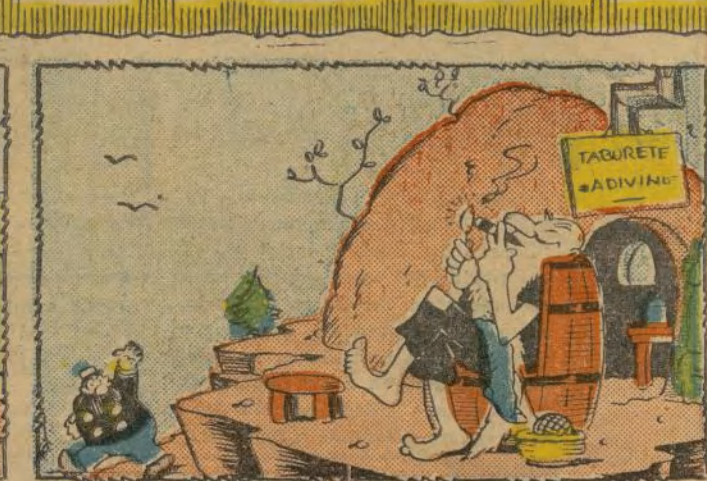
Aquella lucha constante con los pilluelos acabó por enervar al capitán, que subió a pedir consejo al sabio adivino, y éste le dijo: "En lugar de sopaprearlos, tráteles con dulzura, ríales las gracias, y ellos cambiarán"



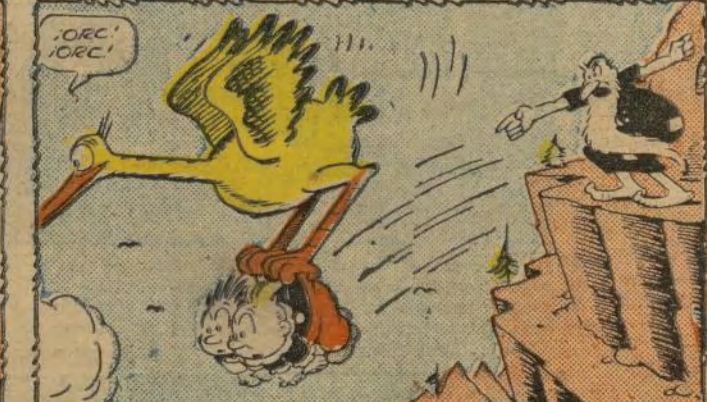
"¡Canallas!—rugió el sabio, más alterado que un estómago empachado—. ¡Me las pagaréis!" "Pero no ha dicho usted al capitán que nos ría las gracias?" "Sí, pero podíais haber pinchado a una tía vuestra", y luego llamó: "¡Serafina!"



El capitán, así que se le pasó el mareo y el susto, pues en los primeros momentos creyó que le había caído encima un dirigible, agarró a los nenes, y, recordando los consejos del sabio, comenzó a "reírles" la gracia.



Como, en medio de todo, el capitán era más infeliz que el padrón municipal, se despidió del adivino y aupersabio, dispuesto a seguir su consejo, en tanto que el sabio se quedaba pensando en lo inteligente que era y fumando un puro.



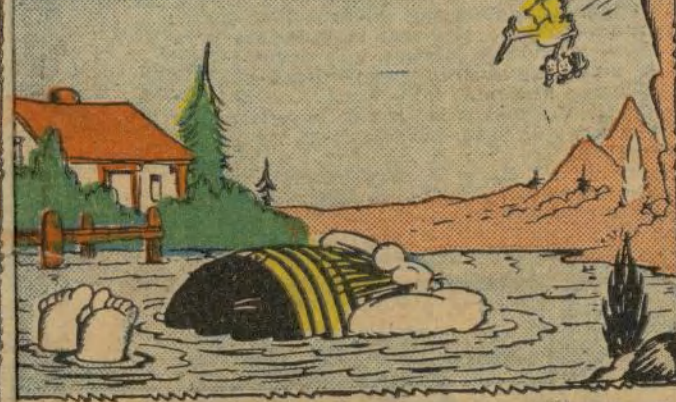
La célebre Serafina, la de la vista fina, apareció al instante, y su amo le ordenó que cogiese a los pilluelos y les machacara los cráneos, dejándoles caer sobre el primer pedrusco que encontrase bajo sus garras.



La risa del capitán les dejó a los chicos los cu... tis respectivos como unas esponjas; pero no habían acabado allí sus desventuras, sino que Terre-Moto, pensando que aquello era una burla del sabio, decidió vengarse.



Y fué en aquel momento histórico cuando sintió en la parte de sentarse un pinchazo de "aúpa", que le hizo dar un brinco, llevándose las manos al "coazón", traspasado de dolor por aquel pinchazo traicionero.



Serafina cogió a los pilluelos, pero recordaría que, a raíz de una aventura, ya conocida, Serafina era bastante amiga de los muchachos, y decidió no matarles, aunque si soltarles, pues no podía desobedecer a su amo, que era una fiera.



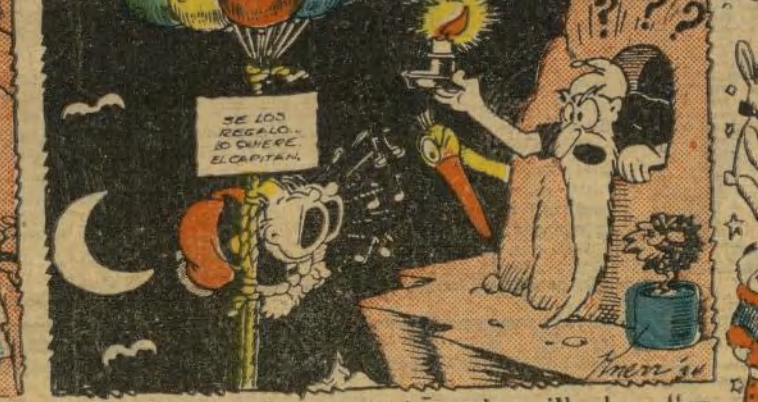
Y en el cuadro siguiente, porque aquí me da miedo aún el explicároslo, veréis, queridos amiguitos que seguís estas aventuras, el castigo y la venganza que había ideado el capitán, que pensó en devolver al sabio el regalito.



Quando hubo pasado un tanto el dolor, el sabio adivino levantó la barrica que le servía de asiento y vió debajo a los dos hermanitos. "¡Je, je, qué risa!—exclamó Tarugo—. ¿Verdad que le ha hecho mucha gracia?"



Y viendo al capitán Terre-Moto, que se recreaba con las delicias del baño, soltó su carga sobre el bañista, y los paracutistas vinieron a caer sobre la panza de Terre-Moto, que hizo ¡puaf!, como cuando se pincha un neumático.



Y aquí veis como quedaron los pilluelos, "encantados" de que les rieran sus "gracias". Y cuando el llanto de los aeronautas despertó al sabio, pudo ver un letrero que colgaba de la cuerda: "Te lo regalo, viejo hipopótamo". (Continuará)

REPOLLO CARA DE BOLLO



Repollo, armado de sus trebejos, se dirigió a pescar al puente del río de su pueblo. Lanzó el anzuelo al de-



gaire, sin fijarse dónde, y pudo comprobar al punto que había pescado pieza, pero tan grande, que, con to-



das sus fuerzas, apenas si podía Repollo izarla. Lo consiguió, al fin, con un gigantesco esfuerzo, y cuando se



preguntaba a qué especie pertenecía aquel pez extraño, vió aparecer por el pretil un puño, y poco después todas las estrellas en pleno día.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Don Fielato, que parecía que tenía la enfermedad del sueño, pues se dormía una hora si y otra también, estaba "roque", como siempre.



La "radio", que, sin darse cuenta, había dejado encendida, comenzó de pronto a funcionar y despertó a don Fielato en lo mejor del sueño



"¡Rayos, truenos y todas esas cosas que se dicen!"—rugió don Fielato—. Esa maldita co-rra se conoce que no ha escarmentado"

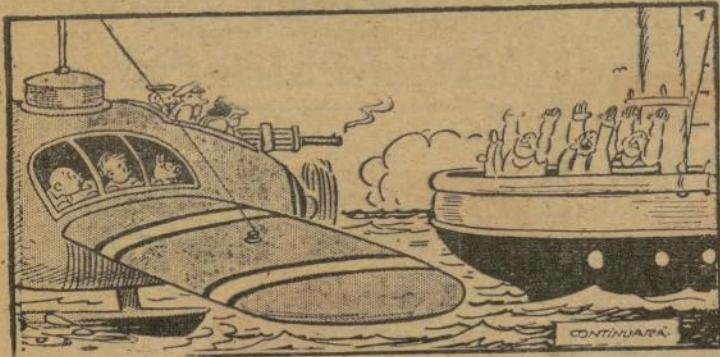


Y el irascible dormilón se llegó hasta Laura, que, inocentemente, dormía. ¡Ah, perfida! ¿Pretendes engañarme, haciéndote la dormida?



"¡Toma, para que despiertes!"—concluyó, arrojándola por la ventana—. ¡Pero si yo no he sido, tío cabezón! ¡Desde hoy no callaré más!

DON SIMPLÓN Y DINAMITA



Mientras el avión se acercaba al barco, la ametralladora de los heroicos policías, apuntando implacable, mantenía a los piratas inmóviles y con las manos en alto.



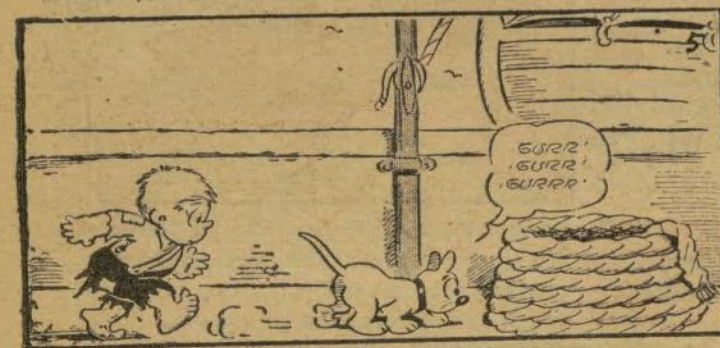
Los heroicos policías abordaron con denuesto el barco pirata, mientras que don Simplón comentaba, beatífico como siempre: "Qué cara tienen más feroz. Parecen tigres".



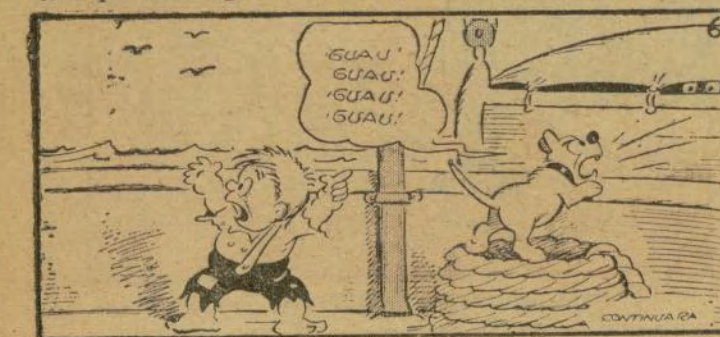
Los dos heroicos policías pisaron el barco seguidos de "Dinamita", don Simplón y el bestia del nene, que ya no se separaba de la perrita ni con polvorones.



"¿Dónde está 'Pelo en pecho', conocido por 'El Chirle?'", rugió un policía. "Nosotros no sabemos qué dice, señor, repuso el 'Mellado'; somos honrados pescadores de ballenas huérfanas.



Pero "Dinamita" tenía un olfato como para un primer premio. "Buca, boca, 'Linamita', le animaba el nene. Buca, que pol aquí tene que habel algo mucho bueno, glande, intelesante.



Y de pronto "Dinamita" gruño sobre un montón de cuerdas: "¡Aquí! ¡Colan! gritaba el nene. ¡Mengan coliendo deplisa, lígelo; que 'Dinamita' ha veído un tosa! ¡Colan y no te letengan!"

BAJO EL IMPERIO DEL TERROPO

CAPITULO XXXIV Reconciliación

Volvamos ahora a ver qué ha sido de Gerardo cuando, después de lanzar al esbirro en la zanja y dar libertad a Emilio, echó a correr en dirección opuesta a la del muchacho.

Mas que correr, volaba, no tanto por huir de los que habían salido en su persecución, como por poder llegar cuanto antes a reunirse con su tía y sus amigos, que, sin duda, estarían intranquilos con su larga ausencia. Así fué que se dirigió en derecha al huerto del tío Hilario. Llegó, abrió con cautela la puerta y sólo halló sentado junto al hogar a los dos niños de la hortelana, que no



se ha introducido con una linterna sorda, a quien no conozco, pero que nada bueno promete...

—Yo sí le conozco, Juanita! ¡Es el infame que nos persigue! Tía de mi alma!

Y precipitándose de un salto dentro de la estancia, se acercó al lecho de la moribunda.

—Tía! Tía de mi alma! ¿Me oís? ¿No me conocéis? ¡Soy yo! ¡Vuestro sobrino! ¡Gerardo!

—¿Te conozco, hijo mío! ¡Adiós!—respondió la anciana con voz apagada.

El intruso, que no era otro que el ex aristócrata revolucionario, había estado inmóvil contemplando aquel rostro cadavérico con una sonrisa cruel. Avanzó entonces hacia el lecho, y dijo al joven con imperioso acento: "¡Quitate de ahí! Quiero ver su agonía. Es mi única venganza!"



beza, dijo al revolucionario: "Acércate más. Más todavía." Acercóse él con visible repugnancia, y poniendo su oído junto a los labios de la moribunda, escuchó lo que ésta le dijo durante algunos minutos. Luego se incorporó pálido, desencantado, y comenzó a dar vueltas a la habitación con una agitación extraña. La marquesa acababa de descorrerle el velo de algunos secretos que él ignoraba. Por una serie de engaños y fatalidades de que ambos habían sido víctimas, él había concebido hacia ella un odio feroz, y ahora veía claramente cuánto mal la había también ocasionado injustamente.

—Voy a partir, Julio, y no quisiera dejar en la

supieron responderle a ninguna de sus angustiosas preguntas.

Sale de la casa y comienza a recorrer la huerta; llega al invernadero y divisa un rayo de luz por una grieta. Aplica el ojo, y ve a su tía tendida en un misero lecho y pintadas en su rostro las huellas de la muerte. Quiere entrar y se ve detenido por una mano, al par que oye la voz de la pobre Juanita, que le dice quedamente: "¡Por Dios, señorito, no entréis! Vuestra tía, la señora marquesa, está agonizando. Nada, pues, podréis hacer por ella; pero podéis comprometer inútilmente vuestra vida. Ese señor que veis, vestido de negro, a la cabecera, es un sacerdote. Pero hay otro hombre, que ha aparecido misteriosamente y

La enferma oyó, sin duda, estas palabras, porque se agitó con un estremecimiento; abrió lángidamente los ojos y movió los párpados.

—Yo también quiero que vivas—añadió el ex aristócrata—un poco siquiera; lo suficiente para que vayas al cadalso. Mirame. ¿Te acuerdas?

—Sí, Julio; me acuerdo y te perdono!

—¿Que me perdonas? ¿Tú a mí? ¿Te atreves a decírmelo, después de haber sido la causante de mi desgracia y de haber convertido mi vida en un infierno?

El furor enrojecía la voz de aquel exaltado. Gerardo estaba conteniendo su indignación para no saltar al cuello de aquel miserable y estrangularlo.

La anciana entonces, levantando un poco su ca-

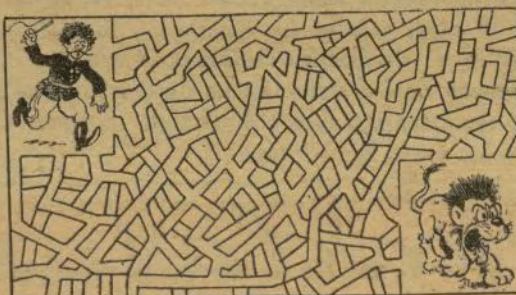
tierra el odio de nadie. Ya no tienes motivo para odiarme. ¿Por qué no me das la mano en señal de reconciliación?

Una dura batalla se libró en el pecho del ex aristócrata. Triunfó, por fin, el bien, y estrechó la mano de la moribunda. Poco después, la muerte vino a separarlos. Acercándose entonces a Gerardo, tendióle también la mano diciéndole: "¡Perdonadme vos también!"

—Con toda mi alma—respondió el joven generoso. Y el que entró atormentado por el odio, salió de la estancia consolado por el perdón y regenerado.

(Continuará.)

PASATIEMPOS

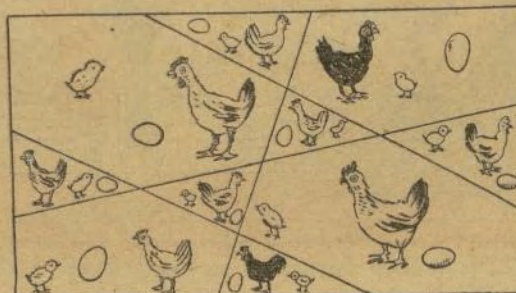


A ese domador se le ha escapado uno de sus leones. ¿Podriais vosotros indicar el camino que ha de seguir para dar alcance a la fiera?

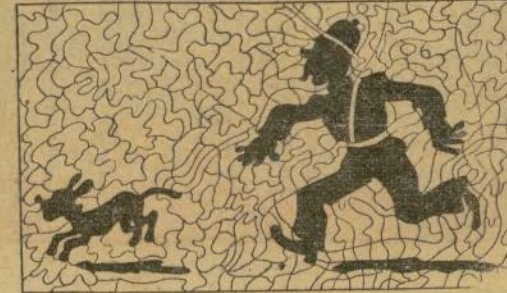


Este chico está tan tranquilo robando peras, sin darse cuenta de que le está viendo el guarda. ¿Dónde está el guarda? ¿Tampoco le veis vosotros?

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Aquí tenéis cómo hay que dividir el cuadrado con cuatro líneas rectas en diez partes, para que en cada parte queden una gallina, un pollito y un huevo.



Este es el resultado del dibujo al rellenar de negro los espacios señalados con un punto. Seguramente ya lo habíais resuelto vosotros, ¿verdad?

Resumen de lo publicado.— Antonio es un huérfano a quien maltrata de continuo su tutor Bepo, trapecista del circo Smith. Mercedes, la hija del dueño, se muestra compasiva con él.

COMPANEROS DE CIRCO



"Acércate y mira", le dijo Antonio a Mercedes. Ambos llegaron hasta la valla que cerraba el prado. Sobre uno de los carros de la caravana se leían estas palabras: "Circo Waldorff". "Y se han instalado donde se instala siempre nuestro circo", dijo ella.



Pronto salieron a ella y tuvieron que esperar algunos momentos a que apareciera la caravana de su circo. A la cabeza de ella venía el señor Smith a caballo. "Papá; espera un momento, gritó la joven. Tenemos que comunicarte importantes noticias".



"Me adelantaré yo para hablar con el señor Black, el propietario del campo, dijo el señor Smith montando de nuevo en su caballo. Esperadme aquí hasta que yo vuelva", les dijo a todos. Y se dirigió al pueblo cercano, donde halló al hombre a quien buscaba.



"Usted se hará cargo, continuó; Waldorff me ha ofrecido un precio mucho más elevado que el que usted me paga". El señor Smith regresó adonde le esperaban los suyos y dió la orden de avanzar lentamente.



"¿Vamos a decirles que se vayan de ahí?", preguntó Mercedes, indignada. "Mejor será ir a dar cuenta de todo a tu papá, y esperar que él decida". La joven comprendió que esto era lo más acertado, y ambos corrieron hacia la carretera.



El señor Smith levantó el brazo para que se detuviera la caravana de carros y furgones, y, apeándose del caballo, escuchó atentamente lo que Mercedes y Antonio le contaron. "¿De modo que Waldorff se me ha adelantado?, dijo. Intentaré arreglarlo".



Se acercó a él y, apeándose, le preguntó cómo había podido arrendar su campo al circo Waldorff sabiendo que todos los años por aquella época solía arrendárselo él. "Lo siento mucho, señor Smith", respondió el propietario.



Rápidamente había decidido que la caravana continuase su marcha, atravesando el pueblo con la banda de música al frente, mientras los payasos divertían a la gente. Muchos de la compañía de Waldorff salieron a contemplar el desfile. (Continuará)

LA DONCELLA DOROTEA



Ceferino era un criado de casa grande, más "hinchado" que un zepelín, y ordenó a Eufrosia, la doncella paleta, recién llegada del pueblo, que



sirviera el té a los señores en el jardín. La pobre Eufrosia tropezó en un rastrillo y envió el servicio por vía aérea, con gran regocijo de Ceferino.



Pero el servicio fué a caer, providencialmente, encima de una carretilla; Eufrosia aprovechó tan cómodo vehículo, y atropellando a Ceferino, llevó

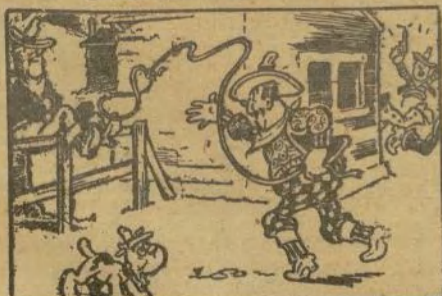


cómodamente el té adonde estaban los señores, que felicitaron a la paleta por su ingenio, aconsejándole que patentara el procedimiento. Entre



tanto, Ceferino se desesperaba y rabiaba de celos.

POR BROMEAR "TOM" CON "PANCHO", CAPTURÓ AL "TERROR DEL RANCHO"



En veinte leguas a la redonda no había quien manejara el lazo como Tom, que se entretenía en dar a sus vecinos bromas como ésta que ahora está dando



a Pancho, de quitarle las botas mientras estaba durmiendo. En este momento entra en el pueblo el terrible bandido "Terror del rancho", disparando tiros a diestro

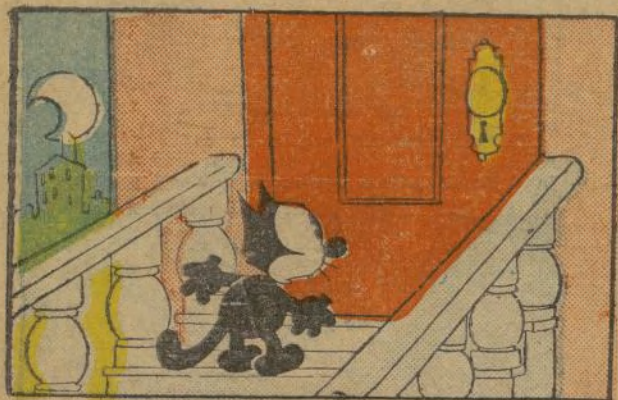


y siniestro y recluyendo a las gentes en sus casas. Pero tuvo la mala sombra de que la bota de Pancho, volteada por Tom, le diera en un ojo y le hiciera

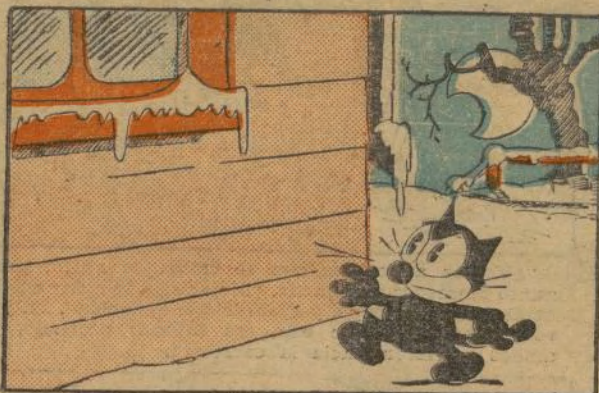


ver las estrellas y soltar los revólveres, y aquel instante lo aprovechó el cherif, que le seguía, para "trincarlo" y llevárselo, después de premiar a Tom.

ANDANZAS DE GATO FELIX



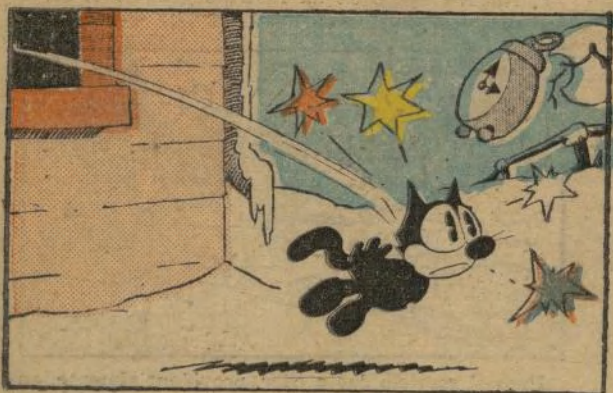
El buen Félix se cansaba ya de estar en casa siempre metidito, y aprovechando que hacía buen día, salió para presenciar unas carreras de gallos en bicicleta, y al regresar vió que le habían dejado al sereno.



Pasar la noche al raso era peor que intentar pasar un duro falso, y Félix comprendió que si no se le helaba el morrete, le iba a faltar muy poco; por lo tanto, decidió emplear un recurso Lazcano, o sea extremo.



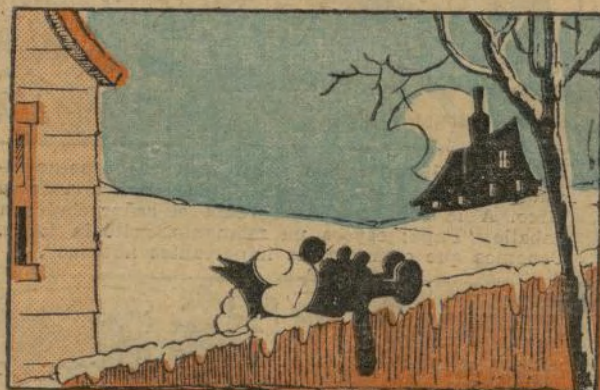
Y recordando la habitación donde dormía su amo, se puso a dar enternecedores maullidos para que le oyeran. El buen señor, que soñaba plácidamente con que suprimían la cédula personal, despertó del todo indignado.



"Ahora me abrirán y se alegrarán mucho de verme bueno" — monologaba Félix; pero no había terminado de pensarlo, cuando un despertador, lanzado por fiera mano, le hizo entrar en barrena y dar un tremendo barrigazo en la arena.



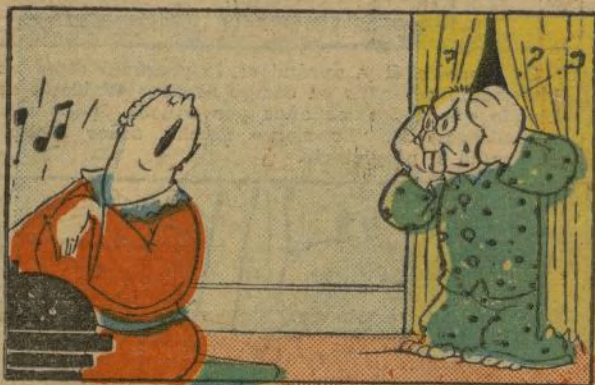
"Siempre pensé que yo era un gato que daba la hora — murmuraba Félix —; pero no creí que ese tío narizotas me lo recordase tan contundentemente; y luego, torciendo mucho los ojos, resumió su rencor: "¡Ojalá te dé un cólico de piedra!"



Pero, como estaba acostumbrado a pasar malos tragos, y las contrariedades no le arredraban, pronto se hizo una camita en el borde de una tapia y se durmió, soñando que al buen señor le caía en la cabeza el reloj de Gobernación.



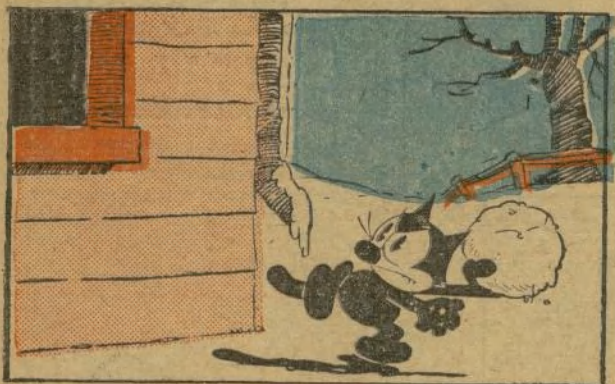
A todo esto, la buena señora, o sea la esposa del buen señor, estaba haciendo como que se aprendía una piececita, y como cuando las buenas señoras la cogen filarmónica no hay quien las aguante, ella seguía y seguía con el canto.



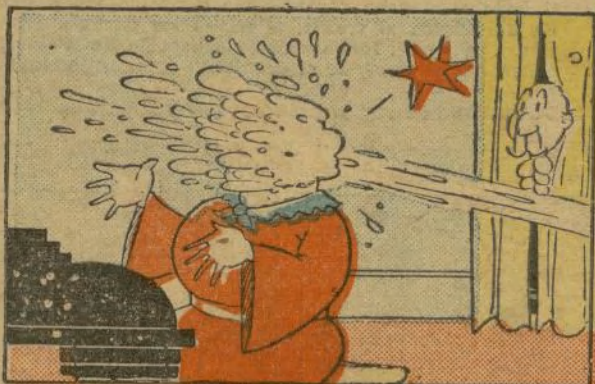
El buen señor, que había vuelto a estirar la pata (para dormir, claro), fué desagradablemente despertado por los berridos de su señora, que cantaba con un entusiasmo y una desafinación digna de que no quedasen en las huertas tomates.



Hasta el "dormitorio" de Félix llegaron las notas discordantes de la canción. En un principio pensó que sería un terremoto, pero bien pronto observó que todo aquel estruendo era causado por una sola garganta.



"¡Ay, mi señora madre! — masculló Félix, que, cuando le tocaban a la dignidad, era más castizo que Cascorro — ¿Pero es que estamos todavía en Carnaval? Verá esa tía visión cómo aprende a no despertar a los gatos honrados"



Y, ni corto ni perezoso, agarró una bola, que si la pone en la vía del tren vuelca el expreso, y, izas, catapum, pum, pum!, la estrelló en la cabeza de la cantante, ante el regocijo de su esposo, que bendecía al autor del atentado.



Y descubriendo que el autor del bolazo había sido Félix, le llamó, conmovido, diciéndole: "Perdona, hermoso; anoche atenté contra tu cabeza, pero me arrepiento. Eres el gato más simpático del mundo. Entra; estás en tu casa"

(Continuara.)